

Guillermo de Ockham

(1285-1347/49)

Franciscano - filósofo - teólogo - político

Edgar Alonso Vanegas Carvajal

O imperator, defende me gladio, et ego defendam te verbo.¹

Introducción

El *Doctor Invincibilis*, el *Venerabilis Inceptor*, el *Doctor Singular*, Guillermo de Surrey, el profesor oxfordiano, el cuarto maestro de la escuela franciscana, el maestro de profesores, el franciscano de Oxford, el doctor de la Orden Franciscana, el pensador bisagra, el filósofo de transición, el último escolástico y el primer moderno, el príncipe de los nominalistas o simplemente, como se le conoce, Guillermo de Ockham, es un personaje que une dos culturas limítrofes en el tiempo, pero muy distantes en sus intenciones y propósitos; un pensador de transición que por el cambio de época en que le toca vivir encarna lo *antiguo* y se lanza a la *via modernarum*. De ahí que resulte un personaje muy discutido, incomprendido y con criterios opuestos, lo que da lugar a la disparidad de interpretaciones sobre su vida y sus obras.

El comienzo del siglo XIV marca el fin del ideal teocrático; se da el enfrentamiento entre Bonifacio VIII y Felipe IV de Francia por las querellas de las investiduras; el drama del *cautiverio babilónico* de Aviñón (1309-1377) y las disputas con Roma por

el poder pontificio que termina con el Cisma de Occidente, el derrumbamiento del ideal imperial con la muerte de Enrique VII (1313); la peste negra que diezma sensiblemente la población europea; el comienzo de la llamada Guerra de los Cien Años entre los reyes de Francia e Inglaterra (1337-1453); el conflicto alrededor de la pobreza que enfrentó a la Orden Franciscana y al Papado; la desintegración y lucha en la sociedad y en las instituciones eclesiásticas y la pérdida de hegemonía de las grandes síntesis medievales de un Tomás, un Buenaventura y un Scoto. Todas estas son circunstancias históricas que influyeron inevitablemente sobre la reflexión filosófica-teológica-política del personaje que nos ocupa.

Pero aparece una serie de interrogantes: si Ockham jugó un papel tan importante en el siglo XIV con repercusiones para la posteridad, ¿por qué su desconocimiento? ¿por qué aparece Ockham en la historia del pensamiento occidental –citamos las obras de Fraile y las de Copleston, por nombrar sólo dos de las más conocidas– simplemente como un escéptico y un verbalista culpable de la decadencia y crisis de la filosofía escolástica? ¿por qué es tildado de hereje y enemigo acérrimo de la escolástica? ¿por qué no hace parte de los currículos académicos

• Fecha de recepción del artículo: 26 de marzo de 2009 • Fecha de aceptación: 21 de mayo de 2009.

EDGAR ALONSO VANEGAS CARVAJAL. Filósofo y teólogo. Especialista en pedagogía y docencia universitaria. Estudios de posgrado en Ecumenismo y Diálogo Inter-religioso de la Pontificia Universidad Bolivariana. Docente del Centro Interdisciplinario de Estudios Humanísticos de la USB Cali. Miembro del Grupo de Investigación Franciscanismo y Problemas contemporáneos. Correo electrónico: eavanega@usbcali.edu.co

1. Según una antigua leyenda, Ockham habría dicho esta frase a su protector Luis de Baviera: *Oh emperador, defiéndeme con la espada que yo te defenderé con la pluma*, después de haber sido excomulgado por la Iglesia y participar abiertamente en la luchas entre el Papa y el Emperador.

de ciertas facultades de Filosofía y Teología de nuestras universidades? ¿por qué ha sido señalado como un pensador desconectado de la tradición de su tiempo y hasta juzgado como una inteligencia errática? ¿cómo explicar el desconocimiento y multitud de hermenéuticas dadas al trabajo realizado por Ockham?

Pues bien, comencemos por decir que Guillermo de Ockham es naturalmente un pensador del siglo XIV, pero sorprende siempre la capacidad de los grandes filósofos para decirnos una palabra relevante para nuestro presente. Con ayuda de estas páginas el lector se planteará, sin duda, cuestiones bien actuales, además de conocer mejor a una figura en la cual se entremezclan muchos aspectos del mayor interés: un franciscanismo radical, una filosofía poderosa, una teología diferente, una política en busca de equilibrio, una vida apasionante en un período que no lo es menos para la historia de la Iglesia y de las relaciones Iglesia-Estado en Europa. Así pues, el objeto de este estudio es intentar contribuir a una mejor comprensión del autor inglés, paradigma, ícono, símbolo y guía de las reflexiones científicas más profundas de quienes escribimos en esta revista que lleva su nombre y que apostamos, al igual que el Maestro de Profesores, por la *vía media* frente a lo que pueda seguir repitiendo alguna historiografía.

Biobibliografía²

Contexto

En el siglo XIV se crea un clima de malestar e insatisfacción intelectual, política, social, religiosa y cultural. Algunos movimientos religiosos y de otra índole adoptan posturas mesiánicas y hasta milenaristas. Tal fue el caso de los llamados franciscanos “espirituales” que en el siglo XIV pasaron a llamarse *fraticelli* en oposición a los *conventuales*, por las querellas en torno al voto de pobreza. Esto condujo a la Orden Franciscana, por un lado, a sufrir una profunda división y relajación de las costumbres, y por el otro, a un lento renacer, alentado por el afán reformista, propio de la Orden.

Nace

En estas circunstancias históricas, como hijo de su época, nace Guillermo de Ockham,³ probablemente en el año 1285 (en esto sigo la edición Orbis, en Los Sucesivos y la Editorial Norma de Cara y Cruz), en el pueblo inglés de Ockham, condado de Surrey, al sur de Londres. Su apellido, pues, corresponde simplemente al lugar de origen. Aunque se desconocen los orígenes de Guillermo, existe acuerdo en que procedía de una familia humilde de comerciantes.

De 1287 a 1298 no tenemos nada registrado de su vida; podríamos llamarla la vida oculta de Ockham.

En 1300 inicia sus estudios básicos en la escuela parroquial del condado de Surrey. La enseñanza impartida en la época incluía el estudio del latín, la teología y las matemáticas.

Entra a la Orden Franciscana

Habiendo entrado a la Orden Franciscana, para 1306 es ordenado subdiácono; los Estatutos de la Orden Franciscana exigían para ello una edad mínima de veintidós años, de no mediar dispensa. Hay que destacar que los franciscanos que llegaron a Inglaterra se mostraron particularmente severos respecto al asunto del voto de pobreza absoluta que profesaban, lo que influyó notablemente en Ockham y en la postura que más tarde sostendrá en las polémicas con diversos representantes de la Iglesia y de su Orden.

En la Universidad de Oxford

Ya en 1311 inicia sus estudios superiores en la naciente pero prestigiosa Universidad de Oxford como estudiante de teología, donde ya se ha cultivado un grupo de pensadores franciscanos, del que más tarde hará parte el mismo Ockham.

Como profesor

Entre 1315 y 1317 ejerce su actividad como lector (profesor) de Sagrada Escritura.

Entre 1317 y 1319 inicia sus comentarios a las célebres *Sentencias de Pedro Lombardo*.

2. Después de una revisión por varias obras de Guillermo de Ockham he constatado que se manejan diferentes cronologías del autor, sobre todo en las fechas de su infancia, antes de ingresar a la Orden Franciscana. Me ha parecido muy objetiva y completa la cronología que presenta el grupo Editorial Norma, que es la que he seguido en esta para este aparte de la investigación. Cf. GRUPO EDITORIAL NORMA. *A propósito de Guillermo de Ockham y su obra*. Bogotá: Colección Cara y Cruz, 1994, p. 87-95.

3. Entre las diferentes grafías del nombre de este franciscano: Ockham, Ockam, Occam, Auquam, Hotham e incluso Ollram, he escogido la de Ockham, por ser la forma más común que se maneja entre los comentaristas de nuestro autor.

Los años de 1319 a 1324 los dedica al estudio y a la composición de escritos filosóficos y teológicos.

En 1322 recibe el grado académico de Licenciado en Teología en la Universidad de Oxford.

En Aviñón

En 1324, en un ambiente de ruptura entre la Orden Franciscana y el Papa Juan XXII, Ockham recibe la orden de comparecer ante el tribunal eclesiástico en la corte papal de Aviñón, por lo que se traslada al convento franciscano de esta ciudad. Debido a este hecho no le es otorgado el título de doctor, pese a que había completado el ciclo de estudios requeridos. Su título de *Inceptor* o bachiller se debe al hecho de que nunca llegó a enseñar como doctor.

En 1327 se encuentra en Aviñón con Miguel de Cesena, general de la Orden Franciscana, quien tiene que comparecer ante el Papa Juan XXII por sus ataques a las constituciones pontificias sobre la pobreza. Motivado por este General de la Orden, Ockham se interesa por la disputa sobre la pobreza evangélica y la propiedad privada.

En Munich

En la noche del 26 de mayo de 1328 Ockham huye del convento franciscano de Aviñón, junto con Miguel de Cesena, Bonagratia de Bérghamo y Francisco de Ascoli. Pero antes de partir, los cuatro fugitivos son excomulgados por el Papa (principalmente por la bula *Quia Vir reprobus*). Más tarde se reúnen en Pisa con el emperador alemán Luis de Baviera (electo en 1314 pero no consagrado) y en 1329 marchan a Munich, bajo la protección del emperador. De esta época es su célebre frase que ha pasado a ser como un lema de su pensamiento: “*Oh Emperador: defiéndeme con la espada que yo te defenderé con la pluma!*”. Ockham es excomulgado e inicia así la segunda etapa de su vida intelectual, extraacadémica, práctica, de polemista y, de algún modo, de reformador.

A partir de 1331 y hasta su muerte se establece en Munich a pedido de Luis de Baviera. Así se inicia el período más fecundo de su vida con la redacción de sus grandes

obras, entre ellas el *Scriptum in librum unum* y los *Quodlibeta septem*. Por esta larga época sostiene una larga disputa con los papas Juan XXII, Benedicto XII y Clemente VI en torno a cuestiones teológicas y políticas: el problema de las relaciones entre el poder eclesiástico y el poder temporal. Los aspectos más destacados de esta polémica se reunirán luego en una de sus obras más famosas titulada *Opera Política*.

Mueren su mayor protector y su mayor opositor

En 1334, pese a la muerte del Papa Juan XXII en Aviñón, la situación con la Iglesia no cambia; al parecer, su excomunión se mantiene hasta su muerte. Continúa en polémicas, ahora contra el sucesor del anterior, el papa Benedicto XII.

Parece que de 1337 data la redacción de su obra *Principios de teología*. Aunque al igual que *Tractatus de successivis* se cree que son compilaciones hechas por otra mano a partir de escritos originales del filósofo.

1342

Muere su protector y hermano de religión Miguel de Cesena, después de haber sido depuesto de su cargo; pero Ockham queda como vicario general de la Orden y depositario de su sello oficial. Sólo un año antes de morir envía el sello oficial al Capítulo General de la Orden.

Desenlace final

En 1347, tras la muerte de su protector, Luis de Baviera, su situación no es fácil en Múnich ya que su sucesor cambia de política, mediante las Dietas de Nuremberg y de Metz, celebradas en 1356 para sancionar los ideales del bávaro. Trata de dar algunos pasos para reconciliarse con la Iglesia; aunque la misma Iglesia preparó una fórmula de sumisión, no es claro si llegó a firmarla y si su reconciliación tuvo efecto en algún momento.

Finalmente, en 1349 muere Ockham en Munich, como miembro de la Orden Franciscana que abrazó desde muy joven, al parecer de la peste negra que durante ese año asoló esta parte de Europa.

Obras filosóficas

- *Scriptum in quatuor libros Sententiarum*. Contiene el *Ordinatio* y *Quaestiones in II, III, IV Sententiarum* (1318 - 1323).
- *Expositio aurea super totam artem veterem: Expositio super Porphyrium; Expositio super Librum Praedicamentorum; Expositio super duos Libros Perihermeneias; Expositio super duos Libros Elenchorum* (después de 1318).
- *Tractatus de praedestinatione et praescientia Dei et de futuris contingentibus* (1318 - 1323).
- *Logica maior* o *Summa logicae* (1324 - 1328).
- *Elementarium logicae* o *Logica media*.
- *Logicae tractatus minor*.
- *Quaestiones in octo libros physicorum*, (antes de 1327, probablemente 1324).
- *Philosophia naturalis sive summulae in octo libros physicorum*, (1324).
- *De successivis* (hacia 1324, pero algunas informaciones la consideran como obra dudosa).
- *An princeps, pro suo succursu, scilet guerrae, possit recipere bona ecclesiarum, etiam invito papa* (escrito entre 1338 y 1339)
- *Dialogus inter magistrum et discipulum de imperatorum et pontificum potestate* o *Dialogus in tres partes diatinctus* (1342-43)
- *Breviloquium de principatu tyrannico super divina et humana, specialiter autem super imperium et subjetas imperio a quibusdam vocatis summis pontificibus usurpato* (1339 - 1340)
- *Epistola defensoria*
- *Epistola ad Frates Minores*
- *Acta quaestionum decisiones super potestatem Summi Pontificis* (entre 1339 y 1341)
- *De jurisdictione imperatoris in causis matrimonialibus*
- *De electione Caroli IV* (última obra)

Los maestros de Oxford

El *Venerabilis Inceptor*, (iniciador) –Inceptor porque no enseñó ni como doctor ni como profesor; y *Venerabilis* en cuanto fundador del nominalismo– inició sus estudios superiores en uno de los mayores centros universitarios del momento: la escuela universitaria de Oxford. En el siglo XIV la Orden Franciscana, a la que perteneció, vive un período de esplendor intelectual y produce un grupo de grandes pensadores, del que más tarde va a ser parte.

Ya en 1224 los franciscanos se habían establecido en Oxford y para 1230 habían fundado uno de los tres grandes *Studium Generalis* al lado del de París y Bolonia;⁴ muy pronto las mentes más ilustradas de entonces, grandes maestros universitarios, se adhieren al movimiento franciscano, hasta el punto que se llega a decir que la Universidad de Oxford en Inglaterra es una Universidad Franciscana. Basta con recordar los nombres de Adam de Marsh, Tomás de York, Rodolfo de Corbrigge, Ricardo Rufo, Roger Bacon, Juan de Gales, Juan Pecham, Juan de la Rochela, Odón Rigaldo, Guillermo de Melitona, Roberto Grosseteste (canciller

Obras teológicas

- *Questiones earumque decisiones*
- *Quodlibeta septem* (antes de 1327)
- *Tractatus de corpore Christi* o *Tractatus primus de quantitate* (después de 1323)
- *Tractatus de Sacramento Altaris* o *Tractatus secundus de quantitate* (después de 1323)
- *Centiloquium theologicum* (obra dudosa)
- *De principiis theologiae* (obra dudosa)

Obras políticas

- *Opus nonaginta dierum* (1333-1334)
- *De dogmatibus papae Johannis XXII*
- *Tractatus contra Johannem XXII*
- *Compendium errorum Johannis papae XXII*
- *Tractatus contra Benedictum XII*

4. Nos dice el franciscano y franciscanista Fray Adolfo Galeano Atehortúa, en su libro *La universidad franciscana*, que hacia 1230 los Hermanos Menores tenían ya tres grandes estudios generales en los centros universitarios de París, Oxford y Bolonia, y por el año 1250 se contaban cerca de cincuenta estudios teológicos en toda la Orden, lo cual se explica por la conciencia de que una buena evangelización requería una preparación académica óptima para esta misión. Cfr. GALEANO ATEHORTÚA, Fray Adolfo. *La universidad franciscana: Evangelización y posmodernidad*. Medellín: Editorial Bonaventuriana, 2004, p.14.

de la Universidad, y aunque nunca llegó a ingresar a la Orden de los Menores, como sucedió con Alejandro de Halles en París, sin embargo, fue el animador del estudio de los Menores de Oxford).

Como características diferenciales de los maestros ingleses hay que destacar su carácter de practicidad y la importancia fundamental que dan a las ciencias experimentales en general. En esta escuela —que F. Canals Vidal considera más libre, en el sentido de ser menos institucionalizada y regulada por la autoridad pontificia, heredera de la Escuela de Chartres— se conoce a Aristóteles, pero la actitud ante él es crítica y de oposición; mientras el aristotelismo de París va a estar centrado en un terreno especulativo orientado a la sistematización metafísica, en Oxford la recepción de Aristóteles se centra en sus libros sobre cuestiones naturales. Allí, por el contrario, el currículo hace énfasis en el cultivo de las lenguas y el cultivo de las ciencias experimentales: matemáticas y física. Esta inclinación por la ciencia estructura el espíritu eminentemente empírico del movimiento intelectual de los franciscanos británicos. Ya el gran novelista italiano, Umberto Eco, en sus *Apostillas a El Nombre de la Rosa*, va a decirnos por qué escogió a Guillermo de Ockham como protagonista para su novela:

Por ejemplo, ¿por qué en mi libro aparecen los fraticelli del siglo XII? Si debía escribir una historia medieval, hubiese tenido que situarla en el siglo XIII, o en el XII, que conocía mejor que el XIV. Pero necesitaba un detective, a ser posible inglés (cita textual), dotado de un gran sentido de la observación y una sensibilidad especial para la interpretación de los indicios. Cualidades que sólo se encontraban dentro del ámbito franciscano, y con posterioridad a Roger Bacon(...) (1986, p. 13).

El contacto del espíritu franciscano con el método científico, que halló su caldo de cultivo en Oxford, encontró en Ockham a un pensador unificador entre los principios franciscanos y la ciencia empírica basada en la observación y los vestigios. Ya Francisco de Asís había amado la realidad cósmica y natu-

ral y había descubierto en ella las huellas de Dios. Pues bien, nuestro pensador se vuelve a esta realidad con rigurosidad científica. Para nuestro autor el verdadero conocimiento es el experimental, que se capta en el mundo de la naturaleza. Así, Ockham se convierte en el precursor de la investigación naturalista propia del Renacimiento.

Precisamente y refiriéndose a él nos dice su hermano de hábito Agustín Gemelli:

Realmente Ockham extrema las dos exigencias de su educación oxfordiense y franciscana. Siente la necesidad de saber y creer, con indiscutible concreción; posee la mentalidad intuitiva y experimental de Bacon; quiere en las doctrinas científicas la demostración matemática; exige para las investigaciones que no atañen a la teología la mayor libertad de pensamiento (1979, p. 67).

Y sintetiza su orientación netamente franciscana, diciendo:

Ockham mantiene algo vivamente franciscano: el amor a la verdad práctica y obradora, el amor a la pobreza (1979, p. 67).

En muchos autores, podemos distinguir claramente dos, tres o más etapas distintas de su pensamiento, que se van sucediendo o se superponen, debido a las preferencias temáticas, a las exigencias científicas y/o a las circunstancias personales, familiares y/o sociales, que van cambiando a lo largo de la vida de una persona. Tal es el caso de Blaise Pascal (Vanegas, 2005), por ejemplo, que va pasando de científico a filósofo, y de teólogo a místico, acentuando estos aspectos de su vida de acuerdo con circunstancias externas e intereses personales que lo acompañan. Aunque algunos autores se resistan a establecer un itinerario —por utilizar una palabra genuinamente franciscana— consecutivo en la persona y personalidad de Ockham, considero que vale la pena destacar los momentos más significativos que marcaron la vida y obra de nuestro autor, y en esto la mayoría de autores identifican por lo menos dos grandes momentos en la vida de Ockham: el filosófico-teológico y el político-jurídico.

Para nuestro estudio, tanto desde el punto de vista metodológico como por claridad

temática, hemos elegido cuatro grandes momentos en el itinerario académico del Profesor Oxfordiense, que se suceden y se complementan mutuamente, sin caer en maniqueísmos o rupturas en la vida y obra de nuestro pensador. Estos cuatro momentos son: como franciscano, como filósofo, como teólogo y como político.

Sin embargo, no pretendemos hacer un desarrollo sistemático y acabado de la vida y obra del Doctor Franciscano. Por el contrario, nos limitaremos a presentar de una manera general una primera aproximación a la semblanza de nuestro autor.

Como franciscano

Ockham debió de ingresar muy joven a la Orden Franciscana, fundada por Francisco de Asís en 1209, pues entró en 1310 al Convento de los Menores en Oxford, sede de la más importante universidad inglesa, perteneciente a la diócesis de Lincoln. Allí inicia sus estudios superiores y recibe lecciones de teología e imparte, posteriormente, lecciones sobre Sagrada Escritura y sobre las Sentencias de Pedro Lombardo.

Como franciscano, Ockham bebe del pensamiento del fundador de su Orden, Francisco de Asís: la primacía que le otorga a la praxis sobre la teoría; la afirmación de los seres singulares—hermano Sol, hermana Luna—, la valoración de la subjetividad individual por encima de la noción de vacío de la humanidad. Francisco no previó ni intentó una determinada metodología de estudio; ni siquiera se preocupó por la ciencia y los estudios de los hermanos. Pero los valores que vivió, la experiencia personal que tuvo del otro (los hermanos), lo otro (la naturaleza) y el Totalmente Otro (Dios), fueron tan intensos y al mismo tiempo tan profundos, que no solamente permearon la sociedad y la cultura de su tiempo, sino que sirvieron de inspiración y creación de sentido para dar origen y continuidad a una de las escuelas filosófico-teológicas más influyentes en la historia del pensamiento occidental: *la Escuela Franciscana*.

Quizá uno de los momentos más paradójicos y curiosos que encontramos en la historia de la cultura es la sorprendente y desconcertante conjunción entre Francisco de Asís y la misma cultura. No se explica fácilmente cómo este santo cristiano, considerado como inculto, ignorante e idiota (en el sentido de no saber) haya tenido un influjo tan grande en la historia de la cultura occidental y una fascinación en las culturas no occidentales. Francisco fue un creador de cultura, no distribuidor ni consumidor de cultura. Estaba muy lejos de la avidez libresca, pero era hombre de profunda y prolongada reflexión y estudio personalizado. No estudió en los libros, sino en las fuentes que originan los libros y que inspiran tantos volúmenes de bibliotecas: la naturaleza. El *poverello* ha contribuido, con su estilo de vida, a crear una forma de ser y de vivir con no pocas repercusiones en nuestra cultura.

Buenaventura de Bagnoregio y su ejemplarismo, Juan Duns Scoto y el voluntarismo, Roger Bacon y su método experimental y, por supuesto, Guillermo de Ockham y su nominalismo, por mencionar sólo a algunos de los más representativos doctores de la Escuela Franciscana con sus tesis y aportes más significativos a la cultura, han inspirado sus monumentales sistemas de pensamiento y sus métodos de investigación a partir de la *centralidad de la persona, lo cotidiano, lo individual y singular, las relaciones dialógicas fraternas con la naturaleza, con las personas y con Dios, la observación, la creatividad y la intuición* (P.E.B., 2007, pp. 70-71), y sobre todo la profunda sensibilidad que tuvo Francisco de Asís para interpretar la realidad observada en términos de signos y símbolos.

Al respecto, afirma el filósofo franciscano Fray José Antonio Merino:

Es sorprendente que Francisco de Asís, que se consideraba a sí mismo idiota e ignorante, diera un impulso de gran magnitud a todo un nuevo movimiento evangélico dentro de la cristiandad. Pero es más sorprendente aun que a partir de él, con quien convivían simples y letrados, se creara y se articulara una auténtica escuela de pensamiento, que es solidaria con los temas tratados en las

demás escuelas de su tiempo, pero que es singular y diferente en la forma de hacerlo (2003, p. 15).

Las Órdenes Mendicantes adquieren más protagonismo que en el siglo anterior. Tomás de Aquino es canonizado en 1313, avalando así su doctrina aristotélica ante la Iglesia. En el franciscanismo se ha llegado al radicalismo evangélico alrededor del tema de la pobreza, tan sensible para los Menores. Ockham existió en un momento muy difícil para la Orden, hasta el punto que el gran franciscanista e historiador de la Orden Lázaro Iriarte ha denominado esta época como *la gran prueba de la Orden*, (Iriarte, 1979) tiempo de continuas luchas internas entre los llamados de la comunidad y los espirituales –por quienes va a tomar partido Ockham–, comandados por Pedro Juan Olivi, pero particularmente por Ubertino de Casale y Angel Clareno, quienes en su afán de reformadores rechazan la interpretación que los papas han hecho de la Regla Franciscana, de manera particular en lo concerniente a la pobreza. Con la elección de Juan XXII como Papa en 1306, quien promulgó varias bula, alrededor de la doctrina de la Pobreza Evangélica, el grupo de los espirituales fue perseguido y sometido a las disciplinas regulares de toda la Orden. Como culminación de esta tarea, las tesis de Olivi y de todos los espirituales fueron condenadas, y finalmente cuatro frailes espirituales fueron llevados a la hoguera en la ciudad de Masella, en el año de 1318.

El Franciscano inglés no es ajeno a todas estas querellas; por el contrario, termina siendo víctima de las mismas, censurado por su filosofía y combatido por sus opiniones respecto a la pobreza. Fue acusado por Juan Lutterell, canciller de la Universidad de Oxford (1317-1322), quien escribe su *Libellus contra doctrinam Guillelmi de Ockham*, con graves denuncias, postula 56 letras de sus tesis como heréticas. Juan XXII nombró una comisión (Lutterell, Raimundo Bequini, Durando de San Porciano, Domingo Grima, el obispo de Belluno-Feltre y Juan Paynhota) que debía examinar las proposiciones sospechosas y valorar su ortodoxia. Después de tres años se llega a la siguiente declaración: 7 artículos

heréticos, 37 falsos, 4 ambiguos o audaces y 3 no son censurados. Con estos resultados, J. Lutterell, presidente de la comisión, se traslada a Aviñón para denunciar al joven licenciado ante la inquisición papal; en 1324 Ockham comparece ante el tribunal pontificio. De esta manera se agudizan aun más las tensiones entre su Orden y el Papado, a causa del concepto de pobreza: pobreza de los hijos de Francisco de Asís, pobreza de Cristo y sus apóstoles, pobreza de la institución eclesiástica. La tensión Papado-Franciscanos se institucionaliza cuando en 1327 Miguel de Cesena, General de la Orden Francisca, es requerido en Aviñón por Juan XXII, quien es claramente hereje, para que respondiera por sus ataques contra las normas papales en lo referente a la pobreza evangélica; asunto que se refleja también en el choque entre Juan XXII y el emperador alemán, electo (1314) pero no consagrado, Luis de Baviera.

En el siglo de Giotto y de Dante, de Bocaccio y de Chaucer, de Bartolo y de Baldo, Ockham siempre mantuvo un sentido vivamente franciscano: el amor por la verdad práctica y obradora y el amor a la pobreza.

Como filósofo

La Navaja de Ockham

El *Venerabilis Inceptor* es un filósofo agudo, amante de la rigurosidad lógica y de la claridad (hay que destacar en esta época de nuestro pensador una obra principalmente: su *Lógica Maior* o *Summa Logicae*, acabada antes de 1324), pero al mismo tiempo animado por un sentido de lo concreto, de lo práctico, de lo sencillo, que hace efectivo el conocido *principio de economía* que afirma: *Non sunt multiplicanda entia sine necessitate* (los entes no han de ser multiplicados sin necesidad), que aunque no es de él, lo aplica perfectamente a su filosofía reformulándolo de la siguiente manera: *Frustra fit per plura quod potest fieri per pauciora*, esto es, se hace inútilmente con muchas cosas lo que se puede hacer con pocas, sirviendo como principio metodológico (Merino, 1993, p. 306). En esto consiste la denominada *Navaja de Ockham*

o *Tijeras de Ockham*: en inaugurar un tipo de metodología económica de la razón que tiende a excluir del mundo y de la ciencia los entes y los conceptos superfluos que inmovilizan la realidad y la ciencia.

Como filósofo de transición, Ockham conocía perfectamente las disquisiciones inútiles de una filosofía y teología trasnochadas y alejadas de la realidad, que con un sinnúmero de distingos superfluos, ficticios y del todo inútiles pretendían llegar a verdades universales: sustancia primera distinta de la sustancia segunda, esencia distinta de la existencia, relaciones lógicas que pretenden ser ontológicas, sensitivas y especies intelectivas, entendimiento agente y entendimiento posible, etc. Ante el cúmulo de sutilezas y ergotismos desmedidos y desconectados de la experiencia, el filósofo oxfordiano prefiere las explicaciones simples a las complicadas y rebuscadas. Hay que ajustarse a la experiencia inmediata antes que recurrir a procesos no verificables empíricamente, ya que si es único el conjunto de las operaciones cognoscitivas, único ha de ser también el intelecto que las realiza, “configurándose como aquella regla metodológica que más tarde se denominará rechazo de las hipótesis ad hoc” (Montalegre, p. 52).

Al respecto, vale la pena traer a colación la conocida novela de Umberto Eco —*El nombre de la rosa*—, en la que logra, a través de su protagonista Guillermo de Baskerville —quien representa al Doctor Invisible— recrear y representar la filosofía y el método inductivo e intuitivo de un intelectual interesado en la experiencia para develar no la verdad sino lo verdadero de una serie de asesinatos que se estaban sucediendo en una abadía benedictina. El siguiente fragmento es lo suficientemente explícito para recrear el famoso principio de economía o *Navaja de Ockham* como se conoce, con el giro lingüístico ockamniano. Dice Guillermo a Adso:

—Entonces piensa si acaso no sería más...
¿Cómo decirlo?... menos oneroso para nuestra mente pensar que Adelmo, por razón que aún debemos averiguar, se arrojó sponsor sua por el parapeto de la muralla, rebotó en las

rocas y, ya muerto o herido, se precipitó hacia el montón de estiércol. Después, el huracán de aquella noche provocó un derrumbamiento que arrastró el estiércol, parte del terreno y también el cuerpo del pobrecillo hasta el pie del torreón oriental.

—¿Por qué decís que esta es una solución menos onerosa para nuestra mente?

—Querido Adso, no conviene multiplicar las explicaciones y las causas mientras no haya estricta necesidad de hacerlo... Todo se explica utilizando un menor número de causas (Eco, 1986, p. 116).

He aquí el ápice entre el principio de economía y el problema de los Universales que lleva a Ockham de una metafísica de lo universal a una metafísica de lo singular mediante la tesis de que no existen naturalezas universales: ser real es ser singular; por consiguiente, no tiene sentido la búsqueda de un principio de individuación. El verdadero problema es otro: ¿Cómo explicar la universalidad de los conceptos —necesarios para la ciencia— si sólo existe lo singular? Aquí vemos el punto de entronque profundo de una mente práctica y concreta con una verdadera metafísica de lo singular.

Finalicemos este segundo momento del itinerario de la semblanza de Ockham argumentando que, contrario a lo que se ha dicho, consideramos que Ockham es un hombre reconciliado con su momento histórico y con la espiritualidad de la Escuela Franciscana.⁵ Por lo tanto no hace nada nuevo, ni considero que haya sido su intención; su genialidad consiste precisamente en tratar de darle un enfoque distinto a lo que la filosofía de su época planteaba. Por eso retoma elementos de la filosofía medieval, de los grandes filósofos, de las escuelas tradicionales y los desborda de una filosofía cargada de mucha convicción.

El problema de los universales

Podríamos decir que el problema de los conceptos universales se reduce a ver en qué forma es posible que lo universal se realice en lo singular, es decir, cómo la idea hombre se

5. Gran número de hermanos formados en las universidades cambiaron el perfil de la primitiva fraternidad y prepararon el camino para una floración de filósofo-teólogos y científicos que habría de influir decisivamente en el rumbo de las ciencias, las artes, la filosofía y la teología: Rogelio de Grosseteste, Alejandro de Hales, Buenaventura de Bagnorea, Regner Bacon, Pedro Juan Olivi, Juan Duns Scoto, Ramon Llull, Guillermo de Ockham, entre muchos otros, fueron quienes en primera instancia fueron formando una “Escuela Franciscana”, encuadrada en el ámbito de la especulación platónico-agustiniana y del método experimental que era el que mejor enmarcaba el espíritu de Asís. Los grandes Maestros de la Escuela Franciscana viven en el mismo siglo y en el inmediatamente sucesivo del de Francisco. Las experiencias e intuiciones del *Poverello* son sistematizadas y llevadas a la academia, sobre todo en las universidades de París, Oxford, Cambridge, Colonia, Padua, Tolosa y Montpellier. Esta forma de pensar se diferencia de otras escuelas por el modo peculiar y específico de tratar los eternos problemas de Dios, mundo y hombre. Tienen un hondo sentido de reflexionar desde la vida y para la vida a partir de lo singular, lo concreto y lo práctico. Cf. IRIARTE, Lázaro. *Historia franciscana*. Valencia: Editorial Asís, 1979, p. 396 ss; MERINO ABAD, José Antonio. *Historia de la filosofía franciscana*. Madrid: BAC, 1993, p. 3 ss.

realiza a un mismo tiempo en todos y cada uno de los hombres concretos. Dicho de otra manera, el concepto universal es como una representación intelectual y abstracta que se puede aplicar a muchos objetos en el mismo sentido. Ej: casa, mesa, belleza, grandeza, hombre, animal, etc. El concepto que tengo de las cosas concretas es muy diferente del concepto abstracto y universal que se puede aplicar a un conjunto determinado de cosas.

Toda la historia de la filosofía se ha planteado este problema y ha buscado una solución satisfactoria. Ockham, por su parte, se plantea el problema de la siguiente manera: ¿Carecen de contenido los universales? ¿Tienen realmente valor objetivo los conceptos universales, o es una pura fabricación de la mente? ¿Será el universal una mera representación nominal, un puro nombre, o tiene realmente un contenido en nuestra mente y por tanto no es pura palabra sin sentido? Estos y otros interrogantes son comunes a otros pensadores medievales, pero Guillermo de Ockham dilucidó una solución bastante clara y verídica, hasta entonces desconocida.

Solución dada por Ockham al problema de los universales

Tesis principal

No hay realidad común alguna que exista al mismo tiempo en dos miembros de una misma especie.

Argumentación

Podemos argumentar con un ejemplo: si Dios ha creado a un hombre de la nada, eso no afecta a ningún otro hombre en su esencia; igual, una cosa individual puede ser aniquilada sin la destrucción de otra cosa individual. Por eso nada hay común a ambos porque si lo hubiera, con la aniquilación de un hombre todos sufrirían en su esencia y por la experiencia comprobamos que no es así. Lo que Ockham quiere darnos a entender es que no tenemos cosas en común con los demás seres de nuestra especie, sino que solamente guardamos semejanzas; esto lo sabemos porque los predicamentos de una

cosa se predicán de igual manera de otra que le es semejante.

Para el *Príncipe de los Nominalistas*, los universales son términos que significan cosas individuales *termini conceptus*, y las representan en las proposiciones. Esto equivale a decir que solamente existen cosas individuales, singulares y por el mismo hecho que una cosa existe es ya individual. No hay ni puede haber universales; afirmar los universales es una insensatez según Ockham, porque si el universal existe ha de ser individual.

Primado de lo individual

Según Ockham, es lo individual lo que conocemos. Lo individual es lo primero, lo conocido y lo único propiamente conocido, hasta llegar a pensar que no se puede aplicar el concepto hombre a Sócrates y a los demás hombres.

Tampoco existen ideas universales en Dios. Dios crea sólo lo individual y por eso sólo podemos tener ideas individuales. En la medida que una cosa sea simple y abstracta, en esa medida se encumbra en la escala de la realidad.

No existe ninguna contradicción si decimos que lo universal se realiza en lo singular. Por ejemplo, si tomamos a Pedro que es un individual, ¿por qué le atribuimos la idea hombre, que es multiplicidad y pertenece a todo el género? Y decimos que cuando nosotros pronunciamos el juicio “Pedro es hombre” no estamos afirmando que Pedro, que es algo singular y concreto, es igual a hombre; si así fuera, Pedro sería a la vez uno y muchos. Por el contrario, afirmamos que en Pedro, que es un sujeto singular, se verifica este contenido de notas animal-racional que en sí no excluye ni incluye la multiplicidad ni la singularidad. Así, pues, en lo singular se verifica lo universal. Pedro es hombre equivale a decir que Pedro es un animal racional.

Coloquemos un ejemplo: lo antagónico que puede aparecer un juicio a los ojos de los universalistas.

Pedro	es	hombre
Singular		Universal
Incomunicable		Común a muchos
Contingente		Necesario
Temporal		Eterno
Concreto		Abstracto
Sensible		Inteligible
Mudable		Inmutable
Materia		Esencia
Perceptible		Abstracción conceptual

Para que un concepto tenga valor objetivo se requiere que el contenido del concepto esté verificado en cada cosa como nombre singular a la que se aplica y que este contenido sea propio de cada una de estas cosas singulares, pero no exclusivas. Por ejemplo, si tenemos el concepto *Hombre*, este concepto tiene un contenido *animal racional*. Este contenido se verifica en la realidad en todos y cada uno de los hombres. Ahora bien, este contenido que representa el concepto de hombre es propio de todos los hombres, pero no es exclusivo de ninguno, porque se les puede aplicar a todos.

No hay, entonces, naturalezas comunes a los seres en las que se reúnan o compartan; solo existen semejanzas y así se explican los conceptos genéricos.

El nominalismo como principal aporte filosófico de Ockham

El pensador inglés, llamado también Príncipe de los Nominalistas, dio vida a un sistema filosófico conocido en la historia de la filosofía con el nombre de *nominalismo*. En efecto, es en el nominalismo donde se hace manifiesta la ruptura de nuestro autor con el pasado, pues se abandonan las ideas fundamentales y tradicionales y se toma un nuevo camino en las ciencias. Las principales sedes de los nominalistas fueron París, Alemania, Viena, Erfut, Praga y Herdelberg.

Pues bien, se consideran nominalistas los círculos que al lado de Guillermo de Ockham tenían prevalencia por el realismo y repulsa por las ideas universales. Muchos orientan a Ockham más hacia la ciencia de la naturaleza

que al criticismo epistemológico; pero es de saber que fue él quien, dándoles prevalencia a los nombres, presenta una respuesta diferente y satisfactoria a los conceptos universales.

Es así como el Doctor Singular establece las bases de lo que se llamó el nominalismo y pone en cuestión las ideas generales que son los mismos conceptos generales. Estas son las principales razones por las cuales entró en disputa y contradicción con algunos de sus antecesores, sobre todo con su hermano de comunidad Juan Duns Scoto.

La filosofía del lenguaje en Ockham

No podemos terminar este aparte sin hacer referencia –aunque sea muy rápidamente– a la revolución semántica, presente en la obra del *Venerabilis Inceptor*. Para tal efecto, vale la pena traer a colación el artículo de Ignasi Miralbell titulado La revolución semántica de Guillermo de Ockham, que dice:

Para tener una idea más clara de los universales como el género, la especie y la diferencia, es necesario retomar los conceptos de la lógica de Aristóteles, para luego mostrar el giro orientado por Ockham y así desarrollar uno de los postulados que integran el nacimiento del nominalismo y posteriormente el asentimiento de las bases de la corriente analítica de nuestro tiempo con el problema del lenguaje como elemento esencial para proponer verdaderos problemas con una resolución científica (Granada, 1991, p. 83).

Esto nos lleva a concluir que la única corriente que baña y fecunda los escritos filosófico-teológicos-políticos y que sirve como hilo conductor de toda la obra ockamiana es lo que los filósofos contemporáneos denominan Filosofía del Lenguaje. En consecuencia, podríamos decir que la fuente secreta de todas las novedades del franciscano inglés es una tesis epistemológica que condiciona todo su discurso, y tratar de entender que Ockham era plenamente consciente de que pensar es decir. Seguramente al revés de lo que pensaba Aristóteles.

En el capítulo primero de la *Lógica Maior*, nuestro filósofo establece sus principios epistemológicos dando fuerza al problema del conocer frente al de ser. Afirma que el

hombre tiene tres clases de lenguaje: el oral, el escrito y el mental. El primero tiene la materialidad de un sonido, el segundo tiene la materialidad de un grafismo y el tercero la cualidad real de un acto del espíritu. Por eso, reiteramos, que en esto consiste la genialidad de Ockham: en notar la importancia y las implicaciones de algo bastante común en su siglo pero no reflexionado epistemológicamente. Pues bien, mientras el término pronunciado y escrito es resultado de una libre convección, el *terminus conceptus* o signo natural—como lo llama Ockham—apunta a significar, denotar o señalar algo. Esto lo sabe muy bien Humberto Eco y por eso no duda en señalar:

(...) Además, sólo en los *occamistas* encontramos una teoría desarrollada de los signos; mejor dicho, ya existía antes, pero entonces la interpretación de los signos era de tipo simbólico o bien tendía a leer en ellos la presencia de las ideas y los universales. Sólo en Bacon y en Occam los signos se usan para abordar el conocimiento de los individuos. Por tanto, debía situar la historia en el siglo XIV, aunque me incordiase, porque me costaba moverme en esa época. De allí nuevas lecturas, y el descubrimiento de que un franciscano del siglo XIV, aunque fuera inglés, no podía ignorar la querrela sobre la pobreza, sobre todo si era amigo o seguidor o conocido de Occam (1986, p. 13).

Así, vemos que la filosofía del lenguaje es la base de la crítica al problema de los universales y el punto germinal de su sistema nominalista, según el cual la naturalidad del signo se fundamenta en la estructura psicossomática del hombre. Ockham no conceptualiza el signo como Ferdinand de Saussure o Charles Sanders Peirce; no obstante, Eco nos dice que *la búsqueda de Ockham del auxilio racional para penetrar los misterios del Signo en aquellos aspectos donde Saussure aún es oscuro* (1986, p. 9), le valió el protagonismo —Guillermo de Baskerville— a lo que quería en la novela *El nombre de la rosa*.

Como teólogo

Ockham es un teólogo y, como tal, está preocupado por explicar el contenido de

la fe cristiana y todo aquello que un buen cristiano debe creer. Esto no puede entrar en duda en nuestro autor. Pero se plantea un problema previo a la teología: el problema de la situación de la teología como discurso científico, ya que una ciencia, en el sentido riguroso de la palabra, se funda no solo en la concatenación coherente de los términos o signos de varias proposiciones, sino también en el acceso directo a sus referencias en una experiencia intuitiva que puede verificar tales referencias. En el caso de la teología, tal acceso a la experiencia no es posible al *homo viator*. Por lo tanto, la teología no es posible como ciencia. Esto no significa que se niegue la fuerza informativa de las proposiciones teológicas y/o de los razonamientos lógicos. Ello significa que los razonamientos teológicos se conocen a través de la fe, y no son demostraciones científicas.

De aquí parte Ockham para proponer abiertamente la separación radical entre fe y ciencia, pues se trata de contenidos y de exigencias epistemológicas completamente distintos. La fe no se opone a la ciencia ni se opone a las especulaciones y a los razonamientos filosóficos, sino que no queda atrapada en ellos y está más allá de todo razonamiento; trasciende a otros niveles de comprensión, no aprehensibles por medio de la sola razón. Siendo ciencias complementarias, requieren metodologías diferentes.¹⁸ De esta manera queda solucionada la antigua discusión de *Filosofiae ancilla theologiae*. Pero vale la pena aclarar que Ockham propone una teología práctica, y desconfía de una teología netamente especulativa.

El punto de partida ockhamniano, tanto para su filosofía como para su teología, fueron las tesis de la Escuela Franciscana sobre la primacía de la voluntad y la incondicional libertad de la omnipotencia divina. El teólogo franciscano describe su *principio* como sigue: “Dios puede crear todo lo que, al ser hecho, no incluye contradicción” (1985, pp. 29-30). Como buen teólogo franciscano, Ockham mantiene como punto de partida el primer artículo del *credo*, o *Símbolo de los apóstoles* y niceno-constantinopolitano: “Credo in uum Deum Patrem omnipotentem” (Creo en Dios Padre Todopoderoso). Se trata de un acto

de fe cierto, creído, pronunciado y meditado teológicamente.

Esta frase sigue la lógica de desenvolvimiento como principio de no-contradicción, por lo que no es necesario elaborar leyes absolutas enraizadas en la esencia de la realidad. Esta es una negación de la metafísica tradicional.

Escuchemos al mismo Ockham:

Del mismo principio se sigue y queda establecido, que Dios puede, prescindiendo de sí mismo, producir y conservar todas aquellas cosas de las cuales una no es parte esencial de la otra, ni ninguna de ellas es Dios. Pues incluiría contradicción que se produjera a sí mismo y simultáneamente a otra cosa, puesto que Él mismo no existiría, siendo así que consta que Él es la causa de ser aquello de cuyo ser se sigue lo otro y sin lo cual no sería lo otro (1985, pp. 29-30).

De lo anterior se sigue que Dios es infinitamente libre, no está obligado a nada. Sin embargo, Él mismo trasciende estas categorías. Para Ockham la libertad expresa la característica singular del ser humano. De esta manera nuestro teólogo se convierte en el mayor exponente de la teología moral de su siglo. Como teólogo de la escuela de Oxford entiende la teología como la ciencia más sagrada, que implica necesariamente el conocimiento de la Escritura o Revelación Cristiana.

Como político

En el área de la teoría política se destacan varias obras como las ya mencionadas al inicio de esta exposición, pero hay que resaltar sobre todo su gran declaración de fe y casi testimonio espiritual-político: *De Imperatorum et Pontificum potestate*, de 1347; al igual que su *Breviloquium de Principatu tyrannico papae*.

Hay que reconocer a Ockham una extraña virtud formal en sus obras polémicas, nada usual en tales cuestiones prácticas durante el siglo XIV: la sobria contención verbal. Ockham hace las más graves acusaciones teológicas a dos papas sin caer nunca en el insulto personal o la calumnia; incluso sus

diatribas más apasionadas muestran al lógico académico (Fortuny, 1986, p. 13).

A partir de 1331 vive en Munich apoyando y comprometiéndose abiertamente en las luchas e intereses políticos entre el poder eclesiástico y los de su protector Luis de Baviera. En esta última etapa de su vida Ockham no escribió obras políticas por pura vocación intelectual, sino urgido por las circunstancias propias de su tiempo y que le tocó vivir en carne propia. Él estaba muy preocupado por solucionar los problemas concretos y reales de su tiempo: relaciones Papa-Orden, Papa-Emperador, Papa-Fieles, Estado-Sociedad e Iglesia-Estado. El hilo de conducción que preocupa a Ockham no es otro que su compromiso por luchar por la Libertad del hombre, que para esta época se veía amenazada por los poderes dominantes.

El poder político: a partir de 1336 Ockham se destaca principalmente como pensador político-social, y busca defender la autonomía del poder temporal, en general, y del imperio, en particular, contra el gobierno pontificio, como un propósito de tratar de restablecer la armonía que debía reinar entre los dos poderes: el temporal y el espiritual.

El político inglés defendía la separación y la independencia entre el poder civil, temporal, y el poder espiritual de la Iglesia, pero era contrario al absolutismo espiritual y político, de carácter despótico y arbitrario. El principio fundamental que sustenta su pensamiento político-jurídico se sostiene al afirmar que todas las personas nacen libres y tienen el derecho natural a elegir a sus gobernantes, y que nadie tiene el derecho a quitarle legítimamente. Por lo tanto, el modo y forma de gobierno lo establece la misma comunidad social.

La propiedad privada: Ockham vincula el poder temporal y civil con la propiedad privada, al afirmar:

El poder de apropiarse de bienes por parte de una o más personas o por parte de un organismo colegial ha sido concedido por Dios al género humano; y por una razón parecida ha sido dado por Dios, sin la ayuda o la colaboración humana, el poder de darse

gobernantes que tengan jurisdicción temporal, ya que la jurisdicción temporal entra en todo aquello que es necesario y útil para una vida tranquila y ordenada (Manual de teología franciscana, p. 465).

Por la anterior cita podemos afirmar que la propiedad privada es un derecho natural inviolable, que Dios le ha otorgado al hombre para que él disponga de ella conforme al dictamen de la recta *ratio*, y por lo mismo, también puede el hombre, por ley natural, renunciar a ella siempre y cuando se tenga en cuenta una causa justa y racional. El derecho de poseer y el derecho de renuncia a la legítima posesión son derechos naturales y fundamentales de la persona como el ser singular y relacional.

Sobre este tema vale la pena destacar la distinción que hace nuestro autor entre el derecho de usar algo y la propiedad sobre ello. Para el pensador inglés el uso lícito no significa la propiedad de la cosa usada, sino el permiso de usarla dado por el propietario. Por lo tanto, los franciscanos que usan cosas con el permiso de sus bienhechores no tienen ningún derecho sobre la cosa usada. De esta manera relaciona nuestro genial autor la pobreza evangélica con la propiedad privada en un tema que particularmente para los franciscanos espirituales de aquella época era muy sensible.

La relación Iglesia-Estado: como todo pensador medieval, el maestro franciscano se preocupó por los grandes problemas propios de la época y que se pueden sintetizar en el problema de los universales, las pruebas de la existencia de Dios y la relación entre fe y razón y entre el poder temporal y el espiritual, más conocido como el problema de las investiduras. Ockham intenta resolver estos temas de una manera muy particular y diferente a la solución que hasta entonces se les había dado; y por ello da el golpe de gracia a la escolástica, no por la novedad de los temas tratados, sino por la manera de darles solución.

Como es sabido, Ockham es un acérrimo luchador por la separación entre la Iglesia y el Estado, entre el Papa y el Rey, pero también postula, como ya hemos mencionado, la

armónica colaboración y ayuda entre ambos poderes. En este sentido, podríamos afirmar que Ockham allana el camino de la Reforma de Lutero, y que aparece explícita en su exposición sobre los dos reinos.

El *Venerabilis Inceptor* critica la teoría teocrática que afirma el poder espiritual como superior al poder temporal, pero también se aparta de las teorías de Marsilio de Padua (expuestas en su *Defensor Pacis*), al defender la subordinación de la Iglesia al Estado. Su posición es más conciliadora entre el poder espiritual del Papa y el poder temporal de la autoridad civil, pero sin intervencionismos de las partes. No olvidemos que estas reflexiones fueron dadas por el intelectual franciscano en el llamado Cisma de Occidente, cuando existieron dos y hasta tres papas electos simultáneamente por sus seguidores en Roma y Aviñón.

La Iglesia se ha de preocupar por el bienestar espiritual y la salvación de las almas, y por su misión pastoral de evangelización; mientras que al gobierno temporal, —emperador, príncipe o gobernante— le corresponde velar por el bienestar social, la distribución del Estado y los intereses económicos del pueblo que lo ha elegido libremente, y de ninguna manera necesita el reconocimiento del Papa para ejercer su cargo.

Digamos, entonces, que el Doctor Invincible, reflexionó profundamente sobre problemas concretos propios de su época: personales, sociales, políticos, franciscanos y eclesiales. Como seguidor de los principios franciscanos defendió con ardor el valor de la libertad, amenazado tanto por la Iglesia como por el Estado. Analizó con valentía la relación Iglesia-Estado, Papa-Emperador, entre los gobernantes y la sociedad. Podríamos, incluso, hablar de una teología política en Ockham. Como franciscano entendió que toda teología es liberadora y se comprometió en la acción eclesial, política y social de su tiempo.

Sinteticemos, para terminar, afirmando que a Guillermo de Ockham hay que mirarlo y estudiarlo como fue en realidad:

Como un franciscano, que de conformidad con el más genuino franciscanismo

y el pensamiento de la Escuela de Oxford, se fundamenta en la arqueología viva y vivida de Francisco de Asís y la experiencia de la primitiva fraternidad, como el código genético de su pensamiento. Un Hermano Menor que antes de la teoría especulativa vivió la praxis; antes de elaborar un sistema filosófico-teológico vive la experiencia personal y comunitaria de los principios de la Orden a la que hace parte, específicamente la pobreza por la que luchó hasta su muerte. El Franciscano Inglés tiene claro que el franciscanismo primordialmente es una experiencia, una vivencia, que al ser vivencia compartida se convierte en convivencia que es donde realmente se forja el pensamiento y se formula el sistema, característico no solamente por su elevada sublimidad, sino también por su maravillosa sencillez.

Como un filósofo audaz y propositivo que conoce perfectamente los sistemas filosóficos de sus predecesores, quienes se movían dentro de una *metafísica de los Universales*: de un Aristóteles, de un Tomás, de un Scoto, etc. y que por lo mismo se atreve a disentir de sus ideas y a dar un giro de ciento ochenta grados para pasar a una *metafísica de lo singular* a través de una tesis: no existen naturalezas universales, por lo que no tiene sentido un principio de individuación. Un filósofo empeñado en valorar la libertad y la autonomía humanas, agobiadas por el poder de las instituciones dominantes del momento, crítica los límites de la razón, en el s. XIV, quinientos años antes de Kant.

Como un teólogo cristiano-católico, para quien Dios es el referente primero y último de toda su vida y su pensamiento. Como teólogo franciscano parte de la primacía de la voluntad y la incondicional libertad de la omnipotencia divina, que puede realizar todo aquello que no sea contradictorio (principio de no contradicción); éste, podríamos decir, es el punto de articulación de todo su sistema filosófico-teológico. Para el teólogo británico Dios es infinitamente libre y no está obligado a nada ni a nadie; de ahí se desprende que la principal característica del ser humano, que ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios, es precisamente la libertad. De alguna manera podemos decir que el Dios de nues-

tro teólogo no es el dios de los filósofos, no porque se opongan, sino porque el Dios de la filosofía dista mucho del Dios de los cristianos, y haciendo una extrapolación en el tiempo podemos citar a Blaise Pascal cuando afirma: *El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob no el de los filósofos y de los sabios* (Pascal, 1948, pp. 17-18).

Como un político preocupado y comprometido por los problemas concretos y sangrientos de una Iglesia, un Estado y una Orden en problemas, en una época de crisis. Ockham estuvo comprometido con la acción social y con el bien de todos; con gran respeto por las leyes, la autoridad y las sanas costumbres. Quiso proponer una solución a la relación fe-razón, a la separación entre el poder temporal y el poder espiritual, entre la Iglesia y el Estado. Fundamenta la pobreza evangélica y la propiedad privada con datos tomados de la Sagrada Escritura, y propone una nueva eclesiología que se va a mantener con grandes repercusiones en los siglos posteriores.

Después de la descripción de la semblanza de nuestro insigne Maestro y Doctor de la Orden Franciscana, cuyo nombre ostenta esta Revista, no podríamos desconocer la importancia de su vida y de su obra, puesto que prepara una serie de transformaciones que han marcado el rumbo del pensamiento occidental; al mismo tiempo que expresar mi admiración por el pensamiento vanguardista de nuestro autor respecto a su época.

Bibliografía

- ABBAGNANO, Nicolás. (1967) *La personalidad de Ockham*. México: Crescenzo.
- BEUCHOT, Mauricio. (1991). *La filosofía del lenguaje de la Edad Media*. México: Universidad Autónoma de México. 2° ed.
- DE OCKHAM, Guilherme. (1999). *Lógica dos terminos*. Traducción: José Antonio de Camargo Rodríguez de Souza. Porto Alegre: Centro de Estudios Franciscanos. Colección Pensamiento Franciscano, Vol. II.
- _____. (1999). *Obras políticas*. Traducción: José Antonio de Camargo Rodríguez de Souza. Porto Alegre: Centro de Estudios

- Franciscanos. Colección Pensamiento Franciscano, Vol. III.
- _____ (1985). *Principios de teología*. Madrid: Parpe.
 - _____ (1986). *Los sucesivos: exposición de los ocho libros sobre la física* (Prólogo). Título Original: *Prologus quaestiones in octo libros physicorum de successivis*. Traducción introducción y notas: José Fortuny. Barcelona: Ediciones Orbis.
 - ECO, Humberto. (1986). *Apostillas a "El nombre de la rosa"*. Buenos Aires: Lume.
 - _____ (1986). *El nombre de la rosa*. Buenos Aires: Lumen.
 - GALEANO ATEHORTÚA, Fray Adolfo. (2004). *La universidad franciscana: evangelización y posmodernidad*. Medellín: Editorial Bonaventuriana. p.14.
 - GEMELLI, Agustín. (1979). *Il franciscanesimo*. Milano.
 - GRANADA R, Ariosto. *El pensamiento de Guillermo de Ockham*. En: *Franciscanum: Revista de las ciencias del espíritu*. Bogotá, Vol. XXXII. N° 86-87. (May.-Dic.1991); p. 183-187.
 - GRUPO EDITORIAL NORMA. (1994). *A propósito de Guillermo de Ockham y su obra*. Bogotá: Colección: Cara y Cruz.
 - GRUPO EDITORIAL NORMA. (1994). *Guillermo de Ockham: Suma de lógica*. Bogotá: Colección: Cara y Cruz.
 - HERRERA RESTREPO, Daniel. *La concepción lingüística del conocimiento en Guillermo de Ockham*. En: *Franciscanum: Revista de las ciencias del espíritu*. Bogotá, Vol. XXIX. N° 86-87. (May.-Dic.1987); p.223-235.
 - IRIARTE, Lázaro de Aspurz. (1979). *Historia franciscana*. Valencia: Editorial Asís.
 - JUAN PABLO II. (1998). *Carta Encíclica Fides et Ratio*. Bogotá: Ediciones Paulinas.
 - MERINO, José Antonio. (1993). *Historia de la filosofía franciscana*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
 - MERINO ABAD, José Antonio y Francisco Martínez Fresneda. (2003). *Manual de teología franciscana*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
 - MORA, José Ferrater. (1979). *Diccionario de filosofía*. Tom. II.
 - RECTORÍA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA. (2007). *Proyecto Educativo Bonaventuriano (P.E.B.)*. Bogotá: Editorial Bonaventuriana.
 - SOTO POSADA, Gonzalo. (2007). *Filosofía medieval*. Bogotá: Ediciones San Pablo.
 - VIDAL, Canals F. (1992). *Historia de la filosofía medieval*. Barcelona: Herder.
 - VIER, Fray Raimundo. (1980). *Guilherme de Ockham: Filósofo y teólogo franciscano. Braganca: facultad de franciscanismo*. Colección: Pensadores Franciscanos.